

## CAPÍTULO XVII

**Nuestras reuniones.—Á Tiumen.—Separación.—Sobre el río de Siberia.—Una proposición espantosa.**

La ciudad de Tiumen era en esta época teatro de los conflictos que estallaban entre los deportados políticos y la administración.

Nosotros temíamos vernos obligados á sostener alguna lucha de estas, cuyas causas nos eran conocidas por las cartas de los compañeros. Discutíamos la conducta que debíamos observar con los funcionarios, pero conforme con el hábito de los rusos, no llegábamos á ninguna conclusión, porque era imposible establecer orden en los debates; todo el mundo hablaba á un mismo tiempo y ninguno escuchaba la opinión de los otros. Me habían escogido para dirigir los debates, según los usos parlamentarios; pero no se conseguía nada, y muchos pensaban que las cosas irían mejor sin presidente.

En efecto, es preciso estar loco para imaginar-se que se podía introducir alguna disciplina entre estas cabezas exaltadas. Ordinariamente, media docena de celosos oradores pedían la palabra á un tiempo mismo; uno solo podía obtenerla, y como la concisión no es la cualidad dominante en los rusos, hablaba largo tiempo, tanto, que los

otros no podían resignarse al silencio y tomaban la palabra sin hacer caso de nada; elevaban la voz, y todos los que estaban próximos habían de escucharles. Uno afirmaba que el presidente no valía nada; otro que era absurdo este método; el *parlamentarismo* era objeto de la reprobación de todos.

—No, señores; estos procedimientos del Oeste de Europa no están hechos para nosotros—gritaba uno en medio de la aprobación general.

Y entonces comenzaron los debates *á la rusa*, es decir, con una docena de voces mezcladas en todos sentidos. No se entendía una palabra, pero así pensaban muchos que era mejor; al menos podían hablar, mientras que con el *parlamentarismo* habían de retirarse sin decir nada, y no se resignaban al silencio. Así llegamos á Tiumen sin haber decidido nada. Tiumen era la localidad de donde los desterrados se dirigían á los diversos puntos de Siberia. Era allí donde nosotros habíamos de separarnos para ir unos hacia el Sur y otros hacia el Norte; fuera de los condenados por la vía administrativa, nadie conocía el lugar de su destino. Esto era de gran importancia, porque entre las diversas regiones de la Siberia hay diferencias de clima tan grandes como entre Noruega y la Italia.

Se puede adivinar por esto con qué ansiedad esperábamos nosotros la decisión que se tomaría á propósito de los deportados administrativos. Su destino dependía, en efecto, de la dirección que les sería dada desde Tiumen.

Ya á la puerta de la cárcel, faltó un cabello para que hubiese una colisión entre nosotros y la administración. Se quería enviar á nuestras compañeras á una prisión especial para mujeres muy lejos de la nuestra. Nos opusimos á la separación,

que no era de nuestro gusto y trastornaba además nuestras condiciones de vida. Los funcionarios se rindieron á nuestras razones.

Debíamos estar en Tiumen sólo unas pocas semanas, y pronto supimos que los *administrativos* serían expedidos al Sur de Tobolsk, sitio relativamente favorable; pero al mismo tiempo se nos dijo que harían el viaje á jornadas, lo que significa muchas semanas de grandes fatigas, las cuales se evitarían si en vez de hacer el viaje por tierra se efectuase en barcas ó barco de vapor. Estos envíos por tierra habían ya sido causa de numerosos disgustos con otros destacamentos. Los funcionarios conocían lo bien fundado de nuestras reclamaciones; pero sea por evitarse cuidados, sea por otros motivos, se atenián á las instrucciones que les habían dado.

Los compañeros que debían ir hacia el Sur decidieron oponerse con todas sus fuerzas, y nosotros nos resolvimos á sostener por todos los medios su protesta, que nos parecía bien fundada. Después de discusiones muy vivas se acordó dirigir un telegrama al gobernador, pidiéndole que enviara barcos de transporte á los destinados al Sur.

Llegó el día fijado para la partida y se hizo llamar al despacho al *jefe de los administrativos*, pero no le dejamos ir. Si los guardianes hubieran querido emplear la fuerza, una colisión hubiera estallado.

En respuesta á nuestro telegrama, el gobernador en persona vino á la cárcel y terminó la cuestión diciéndonos que nuestros camaradas harían el viaje en barco, conforme deseábamos.

La promesa de tan alto funcionario nos llenó de satisfacción y se restableció la calma; pero este caballero nos había engañado.

Los que habíamos de ir al Norte de Tobolsk recibimos orden de prepararnos á partir; teníamos mucho que hacer, pues se trataba de un viaje de varios meses. Nuestra sociedad estaba disuelta; el dinero y las provisiones fueron repartidos entre los diferentes grupos, según la distancia del trayecto que habían de hacer; ciertos administrativos y ciertos deportados que no tenían recursos recibieron una pequeña suma para hacer frente á las necesidades más apremiantes en la ciudad de su destino. La separación era para nosotros penosa, y desde por la mañana las parejas que habían de separarse conversaban en el patio de la prisión; éramos todos como una familia.

Formábamos el proyecto de continuar las relaciones establecidas y no olvidarnos los unos á los otros. Por desgracia las circunstancias son con frecuencia más fuertes que las resoluciones y todos los deseos del corazón. Después de muchos años separados por millares de leguas, en la imposibilidad de correspondernos libremente, debíamos perder de vista á nuestros mejores amigos y hasta olvidarlos. Conservaba la esperanza de volverlos á encontrar de nuevo, y hoy, que ya han transcurrido veinte años, apenas si he visto uno solo de entre ellos.

Supimos después que cuando nos hubimos alejado, los empleados de la cárcel dijeron á nuestros compañeros que á pesar de la promesa del gobernador harían su viaje por tierra, y como se negaran se empleó con ellos la violencia, teniendo que someterse, sin que, por fortuna, hubiera que lamentar nuevas desgracias. Si no nos hubieran engañado, estando todos juntos no se hubieran atrevido á usar la fuerza.

Eramos ahora diez y nueve compañeros los

que emprendíamos el camino del Nordeste. Cuatro condenados á trabajos, Tchuikoff, Spandoni, María Kaljushnaja y yo; cuatro condenados á deportación, Wassiljeff, Dashkjewitch y las señoras Tchemodanova y Shtchulepnikova; el resto eran administrativos, que debían ser repartidos los unos al Norte del gobierno de Tobolsk, los otros en la Siberia oriental. Entre los últimos se contaban el jefe de nuestra despensa Lazareff, Rubinok y Maljevani.

Debíamos ir en barco de vapor de Tiumen á Tomsk. Nuestro itinerario era el siguiente: descender el Tura, á cuyas orillas se encuentra Tiumen, hasta su confluencia con el Tohol; seguir el río hasta Irtisch y este último hasta el Obi; descender la corriente hasta Tomi, á las orillas del Tomsk. Era un viaje de cerca de tres mil *vers-tas*, que exigía por lo menos catorce días.

De la misma manera que en el Volga, fuimos embarcados en dos camarotes de un barco especial, y un barco de vapor tiraba á remolque de nuestra prisión flotante. Este viaje por agua no tenía nada de interesante. Aunque estábamos ya en Junio, no había señales de primavera todavía. De tiempo en tiempo encontrábamos enormes hielos arrastrados por la corriente; las noches eran muy frías y de día apenas calentaba el sol. Los ríos, á causa del deshielo, habían salido de su lecho y no se descubría ninguna orilla. Todo estaba muerto á nuestro alrededor, desierto, apenas si la vista encontraba trazas de la actividad humana. Este silencio de muerte, esta ausencia de toda la vida en una época tan avanzada, el frío que se sentía aumentar á medida que íbamos al Norte, todo producía en nuestros espíritus una acción deprimente.

—¡Y en estos terrenos primitivos, en estos pantanos sin fin, viven los hombres!—decíamos con tristeza.

Y yo pensaba que éramos aún más desgraciados que los samoyedos y los ostiaks, que recorren en libertad sus florestas y sus estepas.

De tiempo en tiempo nuestro barco se detenía para hacer leña ó en los altos acostumbrados. Los ostiaks venían á buscarnos á bordo en sus miserables barcos hechos de cortezas de árbol, y nos ofrecían pescados. No parecían conocer el valor del dinero. Cada vez que les preguntábamos el precio de un pescado, respondían invariablemente la palabra *rup*, que en su lengua significa *rublo*; pero aceptaban con reconocimiento algunas piezas de cobre. Algunas veces un pedazo de pan ó un poco de tabaco les causaba mucha más alegría. Las pobres gentes están en una situación muy lastimosa. Los bateleros y los soldados de nuestra escolta los trataban brutalmente, pero les importaba poco. A veces se percibían á distancia sus chozas, destacándose como bolas en la campiña; los techos estaban hechos de ramas y los muros de cortezas de abedul ó de pieles de reno.

Antes de la capital del gobierno de Tohalsk, situada en el confluente del Tohol y del largo río Irtisch, nos encontramos con dos localidades habitadas que llevaban nombre de ciudades. Surgut y Narim. Entre estas dos ciudades está Berezoff, localidad situada en la frontera Norte de la tierra firme, donde ciertos *administrativos* que nos acompañaban debían quedar. Nos separamos de ellos en Tobolsk. Se puede comprender qué condiciones de existencia son las de los deportados. Estas pretendidas ciudades se componen de una

docena de chozas de madera, cuyos habitantes son una mezcla de rusos y de los primitivos moradores. Estas gentes luchan penosamente por la vida y se alimentan de peces. Un hombre ilustrado debe encontrar espantosa esta existencia. ¡Y es aquí donde el gobierno ruso envía los jóvenes menores de edad! He conocido una joven de diez y siete años desterrada á Berezoff por doce años. Afortunadamente las mujeres que iban en nuestra compañía no estaban condenadas á este espantoso destierro.

Mientras seguíamos la corriente del Obi, el espectáculo no cambió; por todas partes la misma soledad sin fin. La vida se deslizaba tranquila y monótona; la compañía estaba ya deshecha y no teníamos maestro de coros.

Al fin llegamos á Tomsk. Esta ciudad, de las más pobladas de la Siberia, abrigaba entonces muy pocos desterrados políticos; dos de entre ellos vinieron inmediatamente á encontrarnos en nuestro barco, ardiendo en deseos de conocernos y de saber algunas novedades del país. Había allí una señora que yo conocí seis años antes; ella me miró con fijeza, y no quería creer que este condenado fuera el mismo individuo que vió en circunstancias tan diferentes.

—¡No, no; usted no es el mismo; usted es otro distinto!—decía.

Las autoridades penitenciarias locales nos esperaban al desembarcar: cuando nuestra identidad fué escrupulosamente establecida por la comparación entre nosotros y la fotografía que acompañaba el mandato de destierro, nos llevaron á la cárcel al través de las calles de la ciudad. En el camino, dos jóvenes, casi dos niñas, rompieron la escolta del convoy y se precipitaron hacia nos-

otros. Los soldados, sorprendidos, quisieron alejar á las intrusas, pero no era fácil; ágiles como ardillas, se deslizaron al través de las filas, sin prestar atención á oficiales ni soldados. Eran las hermanas P..., desterradas administrativamente, y no nos dejaron hasta la puerta de la cárcel.

Estuvimos ocho días en Tomsk. Durante ese tiempo pudimos conocer á todos los desterrados que se encontraban allí, porque se les había autorizado á venir á vernos. La prisión provisional donde nos encerraron se componía de algunas barracas unidas. Todas las piezas estaban llenas, porque había cerca de mil prisioneros de las más diversas categorías y de todas edades, criminales de derecho común en su mayor parte. Durante todo el día se paseaban con nosotros en el gran patio, donde se nos dejaba en libertad. Hasta entonces habíamos estado separados de ellos, pero ahora estábamos todos reunidos.

Un día, mientras que me paseaba en el patio, uno de estos criminales se aproximó y entabló conversación conmigo. Era un hombre robusto, con los cabellos rojos, las facciones acentuadas y de unos treinta años de edad.

Estaba vestido con cierta coquetería para un prisionero. Bajo su capote, que llevaba echado sobre los hombros, se veía una camisa muy blanca, sujeta por una corbata color cereza; alrededor del cuerpo tenía un cinturón, sobre el cual caían las cadenas, que no hacían ruido alguno cuando andaba; las anillas que las sostenían alrededor del tobillo estaban tan bien colocadas, que se hubiera dicho que llevaba botas; un casquete sin visera se inclinaba graciosamente al lado de su cabeza, y un bigote de puntas retorcidas completaba su aspecto de una cierta elegancia.

cia. Tenía delante de mí un representante de la aristocracia del crimen.

—¿Cuántos años tiene usted que cumplir?— me preguntó después de saludarme.

Cuando le contesté, añadió:

—¿Y piensa usted pasarlos aquí?

—¿Cómo podría evitarlo?

—Si usted quiere podemos *dar un golpe*.

Yo sabía lo que esto significaba. En 1879, algunos condenados políticos se habían evadido haciéndose pasar por condenados de derecho común; pero las autoridades tomaban ya precauciones; los papeles de los condenados políticos iban acompañados de su fotografía; hacían parte de convoyes especiales y cada uno de ellos era confiado á la guarda de un soldado. Cuando le conté estos detalles, él no pareció turbado.

—¡Los bestias!— dijo;—ya burlaríamos bien todas sus prescripciones infantiles.

Sabía por los libros y por los relatos de mis camaradas que los condenados de derecho común tenían una organización especial en Siberia. Un cierto número, más enérgicos y más atrevidos que el resto, se llamaban *iwans* y tomaban todas las decisiones relativas al destacamento de que formaban parte; lo dirigían y arreglaban todo sin preocuparse de los reglamentos de las prisiones, y la masa obedecía sus órdenes, por injustas y crueles que fuesen.

Conocí que tenía ante mí uno de estos tiranos.

—No sé cómo pudiera usted hacerlo—le dije.— Me parece que hay obstáculos insuperables.

—¿Ha visto usted los pozos?—me contestó el individuo.—Pues bien; en esos pozos se descubren todos los años uno ó dos cadáveres. Esto es lo que nosotros llamamos *un golpe*. Toma usted

el lugar de otro; la víctima desaparece. ¿Comprende usted?

No comprendí bien lo que quería decir, pero desenvolví el plan, que escuché lleno de terror.

Yo debía cambiar de estado civil con otro antes de que nuestros guardias aprendiesen á conocernos por nuestros nombres. Con el que yo hiciese este cambio debía tener alguna semejanza. En el momento del envío de los políticos se apercibirían de que Deutsch faltaba, porque *Iwan* se encargaría de matar á su camarada que llevaba mi nombre y arrojar su cadáver al pozo; así no se le encontraría; pero si por azar era descubierto el cuerpo del desgraciado que yo había sustituido, se creería que yo había muerto ó me habían matado; en tanto me sería fácil evadirme. Para cometer este asesinato, mi individuo no pedía más que veinte ó treinta rublos, y aun tenía que partir este dinero con cierto número de cómplices. Me afirmé que este género de asesinatos eran muy comunes y que él los hacía casi siempre.

Estaba estupefacto oyendo hablar á este hombre con tono reposado y sereno, como si se tratase de la cosa más sencilla del mundo y no de un crimen.

Cuando rehusé su proposición quedó admirado. Más tarde he conocido que estas cosas corresponden á las costumbres y á la mentalidad de estas gentes, y no encuentran en ello nada de reprehensible.

En Tomsk quedaron algunos de nuestros compañeros, y sólo catorce continuamos hacia la Siberia Oriental; entre nosotros, Maria Kaljuschnaja, Bárbara Pshubjulkow y Liubov Tchemodanova.

Se quiso separarlas de nosotros y unirlas al

convoy de presos casados, pero como sabíamos que en aquel convoy iban numerosos prisioneros de derecho común y no queríamos exponer á nuestras amigas á promiscuidades odiosas y repugnantes, dirigimos, por consejo del gobernador, una solicitud á la administración superior de las prisiones de Petersburgo y obtuvimos que las dejaran en nuestra compañía.

## CAPÍTULO XVIII

### Por etapas.— Un oficial imprudente.— La caza del hombre

Lo desagradable del viaje para los prisioneros políticos comenzaba realmente en Tomsk. De Moscou á Tomsk, cerca de 5.000 *verstas*, habíamos viajado á la europea: á partir de esta ciudad debíamos hacer el viaje por etapas, es decir, á pie, de una estación á la otra.

Con el calor sofocante del verano, con los fríos del invierno siberiano, con el viento y la tempestad y con el mal estado de los caminos, se expedían en determinados días de la semana de Tomsk á Siberia oriental convoyes de varios cientos de deportados; los unos compuestos de hombres únicamente, los otros de familias enteras, de hombres, mujeres y niños.

Había que recorrer todos los días una etapa, es decir, una distancia de 25 á 30 *verstas*, y cada tres días se nos daba uno de reposo.

Marchábamos así semanas y meses en las más espantosas condiciones. En los altos se nos encerraba en piezas sombrías, infestadas por toda clase de miasmas; los lechos dispuestos en dos filas y unos contra otros.

No se podía pensar en dormir hasta una hora muy avanzada de la noche, y por la mañana, tem-

prano, se nos hacía levantar á viva fuerza para seguir nuestra penosa peregrinación.

Mucho antes de salir el sol, los criminales de derecho común estaban listos y alineados en el patio, bajo el frío glacial; nos llamaban en seguida y se daba la señal de partir. Al frente marchaban los más resueltos de los *iwans*, dispuestos á todas las fatigas. La mayoría de ellos había ya hecho varias veces este camino y lo conocía bien; marchaban en filas bien formados y hacían con un paso igual seis ó siete *verstas* por hora. Detrás de ellos, á larga distancia, se arrastraban penosamente, en grupos confusos, los prisioneros de derecho común; después venían algunas carretas cargadas de enfermos, de rezagados y de equipaje. Los políticos iban en carretas de dos ó tres asientos, tiradas por un sólo caballo y bajo la guardia de una escolta especial.

Esta extraña procesión se extendía á lo largo del camino en el espacio de un kilómetro lo menos. Se levantaban nubes de polvo, que los que íbamos dentro teníamos que sufrir. A esto se añadía un suplicio especial: los mosquitos de la Siberia. Estábamos envueltos en torbellinos de esos terribles insectos; se paraban en nuestras caras, en las manos, se introducían en la nariz, en la boca, en las orejas y en los ojos, y nos acribillaban á dolorosas picaduras. La sola manera de protegerse de ellos era una especie de colador, hecho con crines de caballo, de que tuvimos la precaución de proveernos.

Después de los doce primeros kilómetros de la jornada, nos deteníamos cerca de una fuente, una ribera ó en una explanada. Allí los criminales de derecho común tomaban su almuerzo, porque no habían tomado nada antes de ponerse en

camino. Este almuerzo consistía, para la mayor parte de ellos, en un pedazo de pan seco, y aun no lo tenían todos. En efecto, ellos recibían por cabeza y por día de cinco á doce *kopecks*, según el precio de los alimentos, que depende de la cosecha del año.

Los *privilegiados* reciben un poco más, porque aun allí se hacen sentir las diferencias de condición. Estos recursos, aun en las circunstancias más favorables, bastaban apenas para satisfacer su hambre, cuando podían tomar un poco de té ó de legumbres. Pero el hábito del juego está tan profundamente arraigado en el alma de los criminales, que arriesgan hasta su última moneda, y así que la han perdido quedan condenados al hambre. El solo remedio para estos desgraciados era entonces la mendicidad. Cuando atravesábamos alguna aldea, ciertos prisioneros en grupos iban á demandar limosna bajo la guardia de los soldados. Se detenían delante de las chozas de madera, entonaban una súplica lamentosa, y las mujeres siberianas les arrojaban un pedazo de pan por la ventana; alguna vez los viajeros que encontrábamos en el camino les daban algunos *kopecks*. El dinero así recolectado pertenecía á la comunidad, porque habían organizado una especie de sociedad cooperativa.

Después de reposar un poco, nuestro convoy se ponía en marcha en el mismo orden y continuaba la etapa entre los grandes calores de mediodía. Apenas llegados los detenidos se precipitaban á la puerta de la prisión, que estaba abierta, luchando por obtener la mejor plaza, y los más débiles eran brutalmente rechazados por los más fuertes. Al ver esta lucha encarnizada de algunos centenares de hombres en un patio estrecho, se

creía que se iban á matar los unos á los otros, pero todo terminaba con algunos puñetazos é injurias. Naturalmente, los *iwans*, decididos á todo, tenían siempre la preferencia. Ellos se aseguraban los mejores puestos, mientras que los viejos, los débiles y los enfermos debían contentarse con un pequeño rincón.

Las prisiones se componían casi siempre de un piso bajo, construido con planchas mal divididas á manera de departamentos; había dos, tres ó cuatro piezas. Al lado de las destinadas á los presos se encontraba una habitación para el oficial de guardia y otra para los soldados; después, á todo el rededor se levantaba una empalizada con postes de cinco ó seis metros de alto, terminados en aguda punta. Las prisiones eran de dos clases, unas pequeñas, donde se pasaba la noche, y otras donde nos deteníamos el día de reposo, y en la que residía un oficial.

Una vez resuelta la cuestión de las plazas, los prisioneros salían al patio. Allí los comerciantes formaban un verdadero mercado. Los condenados no dejaban de engañar y robar siempre que podían á las pobres mujeres; ellas ponían el grito en el cielo, pero como los bribones se entendían entre ellos, no se hallaba medio de averiguar la verdad, y los ladrones tenían siempre razón. Se lavaban y se cocían también los alimentos en el patio. Para esto se encendía un gran fuego de leña, y nadie pensaba en el menor peligro de incendio, cuando casi todo el edificio era de madera.

Los políticos ocupaban una pieza aparte. Nuestro primer cuidado en llegando era establecer una separación para las mujeres por medio de cuerdas y las mantas de las camas. La situación de estas

pobres mujeres, que vivían así en promiscuidad permanente con los hombres, era en verdad penosa, y hacíamos todos los esfuerzos para evitarles lo desagradable, en la medida que nos era posible.

Para la mayor parte lo más enojoso de este largo viaje era levantarnos temprano; sufríamos sobre todo la falta de sueño, y por un antiguo hábito no podíamos dormirnos temprano. Los criminales de derecho común, por el contrario, estaban de pie antes del alba, y esto amenazaba continuamente conflictos entre ellos y nosotros.

Ibamos, por lo general, al patio cuando lo habían ocupado todo y no encontrábamos sitio donde respirar un poco de aire puro.

Una noche, como algunos de nosotros estábamos en el patio, vino el oficial y nos ordenó entrar en la habitación, diciendo:

—Acuéstense ustedes, porque mañana por la mañana hemos de marchar á las cuatro.

—¿Pero no ha fijado usted mismo la partida para las seis?—le respondimos.

—He resuelto hoy que salgamos á las cuatro.

—Nosotros quedaremos aquí y no partiremos hasta las seis.

—¡Ya lo veremos!

Y se alejó.

Resolvimos de común acuerdo no ceder al capricho del oficial.

A la mañana siguiente estaba todavía oscuro cuando el guardia nos despertó y nos dijo de parte del oficial que nos dispusiéramos á partir. Ninguno hicimos caso de sus palabras. Durante este tiempo los criminales de derecho común estaban ya en el patio dispuestos á marchar á las cuatro. Un sargento entró á repetirnos la orden; algunos

se empezaron á vestir y otros quedamos acostados. Ya los criminales en el patio, comenzaban á murmurar porque se les dejaba expuestos al frío demasiado tiempo; se aproximaron á nuestras ventanas y nos amenazaron con feas palabrotas. El oficial apareció entonces en compañía de algunos soldados y de nuevo nos ordenó levantarnos. Ninguno se movió. Entonces gritó á sus hombres:

—¡Echadlos fuera á culatazos!

Una lucha seria se hubiera entablado si los soldados hubieran obedecido á su jefe, porque estábamos decididos á resistir. Dichosamente tuvieron un momento de duda y eso nos salvó.

—¿Qué váis á hacer—les gritaron algunos.— ¿Queréis que corra sangre? Tenemos el derecho de no marchar tan temprano, pues según las órdenes que os han dado, sólo desde el salir al ocultarse el sol ha de caminarse para ir de una etapa á otra.

En este momento el sargento entró de nuevo.

—Capitán—dijo,—los prisioneros se insurreccionan y quieren penetrar aquí á viva fuerza.

—¡Dejadnos entrar!—gritaban, en efecto, los condenados;—nosotros nos encargamos de arreglar este asunto.

—Vea usted lo que ha hecho—dijimos al oficial:—ha excitado usted contra nosotros á toda esa canalla, y será responsable de lo que suceda.

El oficial perdió la cabeza y cambió bruscamente de actitud.

—¡En nombre de Dios! ¿Qué debo hacer?—nos preguntó.

Le dimos el consejo de dejar partir los condenados con el sargento y que nosotros partiéramos á las seis. Con la cabeza baja hizo todo lo que le

habíamos dicho, y pudimos tomar nuestro té con tranquilidad y prepararnos á la marcha.

De tiempo en tiempo, el ordenanza del oficial asomaba la cabeza preguntando si queríamos ya partir; nosotros mirábamos el reloj y le decíamos los minutos que faltaban. A la primera campanada de las seis nos levantamos y nuestro destacamento se puso en marcha.

A partir de este momento, conquistamos la simpatía y el respeto de los condenados de derecho común. Nuestra firmeza y nuestra decisión les impusieron. Estaban admirados de que un puñado de hombres no se hubiera dejado dominar por un oficial que tenía á su disposición un ciento de soldados y trescientos cincuenta hombres decididos á caer sobre nosotros. Las relaciones amistosas se establecieron de un campo á otro, y hasta el fin no hubo la menor querrela.

Uno solo de los prisioneros nos guardó largo tiempo odio y no perdía ocasión de manifestarnoslo. Era un viejo *caballo de retorno* que se había evadido ya dos veces y que ahora iba deportado de nuevo con la mención «de origen desconocido».

No pertenecía, evidentemente, á la clase obrera; se hacía notar por su viva inteligencia y por sus conocimientos. La lectura era su pasión principal, pero por un azar extraño habían caído en sus manos los libros de los autores más reaccionarios: el príncipe de Metscherski, Katkoff y algunos otros. Tenía ideas especiales sobre la política en general y sobre los socialistas. Estaba convencido de que los revolucionarios habían asesinado á Alejandro II únicamente porque libró á los aldeanos de la esclavitud, y nos echaba al rostro en presencia de los condenados que no éramos más

que nobles malcontentos de sus ganancias ó sus gajes. Algunos de entre nosotros se pusieron á discutir con él deseando convencerle, pero los argumentos no encontraron acceso en su espíritu y nos pidió los libros de nuestra sociedad.

Con frecuencia hablaba con él, deseando conocer su pasado y su vida de libre vagabundaje, pero no pude lograr jamás saber cómo se llamaba y cuál era su nacimiento. Quedó siempre para nosotros «*Iwan* de origen desconocido», como estaba escrito sobre sus señas; pero hablaba con complacencia de su vida errante. Le pregunté una vez qué hacía en Rusia europea cuando se escapaba de Siberia.

—¡Bah!—respondió;—vivir allá bajo no es difícil; lo esencial es poder pasar al otro lado del Ural: una vez llegado allí se toma el tren ó el vapor y se va á Charkow, Kiew, Odesa ó Rostoff, se alquila una habitación y se vive tranquilo. Yo tengo documentos, mi pasaporte está en regla. Lo fabrico yo mismo y nadie se ocupa de mí. Leo en las bibliotecas públicas, sobre todo novelas de Gaboriau, Paul de Kock y Alejandro Dumas; á mediodía como en el restaurant y á la noche voy con frecuencia al teatro.

—Todo eso es muy hermoso, pero se necesita dinero para vivir así—respondí yo admirado, porque como no hablaba de trabajo ni empleo, creí que vivía de sus rentas.

—¡El dinerol! Se le toma donde se le encuentra.

—¿Qué quiere usted decir?

Desenvolvió sus métodos habituales.

—Ante todo, yo trabajo solo; no me fío de asociaciones organizadas; hay siempre peligro de ser descubierto ó asesinado por algún mal compañero. Yo hago mis negocios con mis manos.

Y me contó que estos negocios consistían en el robo y el engaño, según la ocasión.

—Algunas veces—dijo—las cosas salen mal y me envían á Siberia como vagabundo de origen desconocido; hay que volver á comenzar... Creo que esto será así toda la vida—concluyó con gran calma.

Después de esta confidencia y las de otros muchos criminales, comprendí por qué el número de vagabundos es tan grande entre nosotros. La mayoría de entre ellos se tratan como delincuentes y son condenados á la deportación. Hay también varios condenados á galeras, pero se las arreglan para *dar el golpe* y tomar el puesto de otro.

En cuanto el sol de primavera hace su aparición emprenden el camino de Rusia europea. Escogen sendas extraviadas, veredas conocidas sólo de ellos al través de la selva y hasta alguna vez siguen tranquilamente la carretera de Moscou, la única vía existente antes de construirse el ferrocarril siberiano.

Nos cruzábamos con frecuencia en el camino con estos vagabundos, que viajaban por parejas ó por bandadas. Llevaban aún trajes de condenados, con un paquete y una marmita sobre los hombros; van siempre cerca de los bosques para poder ocultarse sin dejar huellas. Cuando veían nuestro destacamento, venían á conversar con los condenados, que á veces eran antiguos conocidos. La presencia de los oficiales y los soldados no parecía intimidarles.

—¿Hacia qué lado va usted?—les preguntaban algunas veces los oficiales cuando los vagabundos los saludaban casquete en mano.

—Vuestra Gracia, buscamos no vivir á costa del Estado.

La mayor parte de estos vagabundos no tardaban en caer de nuevo en manos de la justicia. Cuando llegaba el otoño, muy pocos estaban aún en libertad. Durante ese tiempo mendigaban.

Sea por obedecer á la religión, que recomienda la caridad, sea que les temiesen á sus represalias, la población de Siberia los socorría largamente. En muchas localidades hay la costumbre de dejar en la ventana la comida para el caminante, una botella de leche, pan y queso. Para darles abrigo se deja abierta la puerta del cuarto del agua, que en la mayoría de las casas de los aldeanos está separada de la habitación, pero no se les admite voluntariamente en el hogar, á causa de la desconfianza bien justificada que inspiran, y que me recuerda el episodio siguiente:

Un día, uno de los condenados que formaba parte de mi convoy me contó que había conocido personalmente á Tchernischevsky, el ilustre sabio y escritor ruso. Esto despertó mi interés y le pregunté dónde y cómo se había encontrado con el glorioso mártir. Me dijo que había sido una vez desterrado á Wilujsk, en el país de los yakoutes, donde Tchernischevsky se encontraba. Ellos habían salido de la prisión también y habitaron en la misma villa. No me pudo dar más que una vaga idea de la manera como el escritor ilustre pasó su vida en el destierro, pero yo le hice una cariñosa acogida porque me parecía que este hombre, que había conocido personalmente á uno de los espíritus más nobles de Rusia, era diferente de los demás. Después que me hubo contado lo que sabía del maestro, le pregunté por qué circunstancias formaba parte del nuevo convoy.

—Me había cansado de vivir en Wilujsk—me dijo—y me escapé con otros vagabundos; estuvi-

mos caminando dos días, hasta que una noche de tempestad y de lluvia llegamos á una aldea. Llovía á torrentes, y en ninguna parte nos querían recibir. Un viejecito abrió la puerta de su choza y le suplicamos en nombre de Dios que nos diera abrigo.

—¿Nos prometéis no hacernos daño?—nos preguntó.

—¿Cómo puede usted pensar eso? ¡Padrecito, tenga piedad de nosotros!

Con esta respuesta nos dejó entrar. Su anciana esposa nos dió de comer y nos permitieron dormir. Los dos viejos durmieron profundamente; aprovechamos la ocasión para llevarnos todo lo que podíamos necesitar. No íbamos lejos cuando el vecindario corrió tras de nosotros y nos dieron alcance; la eterna historia, la deportación. En el intervalo yo he podido hacer una sustitución de persona y vengo al destierro como individuo sin antecedentes conocidos.

Por su parte, las poblaciones siberianas suelen tomar represalias crueles de los vagabundos cuando les hallan solos: tratan á los desdichados como simples bestias y les arrebatan sus vestidos, sus botas y su pequeño peculio. Personas dignas de confianza me han contado como cosa cierta lo que sigue:

Un vagabundo se colocó como criado en una granja por todo el invierno. Cuando llegó la primavera recibió su salario y se marchó. La suma no era considerable, porque los aldeanos explotan sin vergüenza á los pobres diablos que necesitan trabajar y les imponen una dura labor por un salario mezquino; pero á pesar de eso el amo sintió haberse desprendido de algunas monedas.

Apenas el mozo hubo partido, su antiguo amo

se puso á espiar qué dirección tomaba; cogió el fusil y salió de caza, porque todos los siberianos son cazadores y tiradores excelentes. Conocía el bosque tan bien como las fieras que lo pueblan; encontró con facilidad las huellas del criado y le disparó un tiro de fusil en la espalda; así recobró su dinero, y dejando abandonado el cadáver á las bestias, regresó tranquilamente á su morada, después de esta pequeña partida de caza.

Durante nuestro viaje escuchamos constantemente hablar de cadáveres encontrados y de crímenes cuyos autores no se descubrían.

La Siberia era en esta época un país desierto, salvaje, no había más camino que el de Moscou; el gobierno estaba entre las manos de la policía. No había entonces nada de extraño en los crímenes que hacían enderezarse los cabellos, y que nadie se ocupaba de esclarecer.

En el reino del zar la vida de un hombre no se estimaba mucho, y en la Siberia absolutamente nada. Hoy, que tantos progresos se han realizado y que la administración de justicia ha sido reformada, este estado de cosas no ha cambiado mucho.

## CAPÍTULO XIX

**La selva primitiva.—Inútil ensayo de fuga.—La población á lo largo del camino.—El mundo de los criminales.—Los oficiales del convoy.**

Nuestro viaje se realizó en gran parte durante el otoño siberiano. La *taiga*, ó selva primitiva, costada por la gran carretera en una extensión de varios millares de *verstas*, presentaba un aspecto maravilloso. La selva ofrecía una variedad infinita, gracias á la multiplicidad de sus esencias, sus senderos deliciosos, los millones de pajarillos que saltaban de rama en rama, poblando el aire con sus cantos. Después del largo sueño del invierno, la vida surgía poderosa, y la Natura entera parecía desbordar su savia en una embriaguez de alegría.

Nosotros solos estábamos en disonancia con esta alegría universal, porque pensábamos en el triste destino que nos estaba reservado; pero á pesar de eso nos sentíamos como resucitados. Después de nuestra larga prisión, este paseo al aire libre hacía de nosotros hombres nuevos, y muchos deportados que habían dejado á Moscou débiles y enfermos, recuperaban las fuerzas en el largo trayecto. La gran carretera de Moscou era entonces, como ya he dicho, el solo medio de co-